

RELACION

“En las proximidades de Mazarrón parece haberse descubierto hace un año, entre otros hallazgos arqueológicos, el cadáver de una persona ajusticiada en crucifixión. Tiene cuatro clavos, dos en los pies y dos en las manos. Epoca romana. Siglo IV.”

(Nota aparecida en el diario “La Verdad” de Murcia el día 19 de septiembre de 1976)

EN la crucifixión la muerte sobreviene por asfixia. El peso del cuerpo pendiente de los brazos tira de los pectorales hacia abajo e impide la distensión normal de estos músculos, de manera que las costillas oprimen los pulmones y dificultan la entrada del aire.

Hace un par de milenios esa fue la forma más habitual de llevar a cabo la pena de muerte. Tal práctica duró largo tiempo. Hoy día la crucifixión ha sufrido un proceso mental de ennoblecimiento.

Ahora tengo ante mi el cuerpo de un hombre ajusticiado en esa forma hace unos mil quinientos años. Se le ha encontrado en un yacimiento romano. Este hombre fue embalsamado y enterrado dentro de un ánfora. La operación debió realizarse inmediatamente después de agonizar, pues de otro modo el “rigor mortis” habría impedido que las piernas y los brazos del condenado se flexionaran hasta conseguir la postura de feto en que se le ha encontrado.

Alguien debió estar pendiente de que el momento de la muerte se produjera para embalsamarlo y proceder al enterramiento.



Ese alguien habría sentido, sin duda, piedad por abreviar sus dolores y debió esperar con ansiedad el instante de la muerte.

Pero no sabemos nada de esa persona. O, si acaso, fueron varias. De todas formas no es probable que se tratara de muchas. Los condenados suelen estar solos. No resulta agradable ni beneficioso para nadie tener amistad con un ajusticiado. Los mismos verdugos, que se ven obligados por razón de su oficio a establecer relación con él, se muestran ajenos y eficaces para mantener esa marginación a la que, en primer lugar, el reo ha sido condenado. Su aislamiento físico impide la fraternización con cualquier otro de sus semejantes y la piedad se mantiene fuera del círculo en que el proscrito queda inmerso. Si algún tipo de solidaridad pudiera establecerse en tal situación, si fuera posible establecer algún puente para no dejarle morir anticipadamente en esta soledad, este puente se tendería entre él y otros ajusticiados a lo largo del tiempo. Sólo se puede comprender plenamente lo que se comparte.

El crucificado ante el que me encuentro debió ser colgado por debajo de las muñecas. Presenta un clavo introducido entre la articulación de los dos huesos del antebrazo. Si le hubieran suspendido de las palmas, los tejidos se habrían desgarrado y el cuerpo habría caído. Los dos pies ofrecen las mismas señales a la altura de los huesos metatarsianos. Este sostenimiento impedía la muerte repentina y añadía una nueva tortura.

El cadáver enterrado en un ánfora no es, pues, uno más de los muchos que por esta zona se han encontrado con este tipo de enterramiento. Se trata de una persona muerta no de modo natural; sino violentamente. Estamos ante un hombre con el que otros hombres "hicieron justicia".

Es verano ya.

Se escucha el ruido del mar al romper deshecho en la playa.

El pueblo dista un par de kilómetros de este lugar.

En este momento no queda casi nadie en el yacimiento.

Una pareja de la guardia civil se sienta algo más allá sobre unas rocas del acantilado. Siempre esos pueblos mediterráneos con sus enterramientos costeros...

Han bajado los obreros a bañarse antes de comer.

Un niño llegó hace un momento desde una casa de campo cercana. Viene vestido sólo con un pantalón. El cinturón de cuero con que se lo sujeta es demasiado grande para él. Yo miro su torso desnudo, moreno de sol y sales marinas. Veo cómo las costillas se distienden y se encogen, marcando, bajo la piel, el ritmo de la respiración. Y tengo miedo. No puedo



apartar la vista de esta espalda frágil, de este pecho que se llena y se vacía sucesivamente de aire.

El niño se vuelve, de repente, y me mira.

No le digo nada. Intento una sonrisa, que desaparece antes de nacer. El vuelve a levantar piedras en busca de una lagartija. Hace un momento estuvo a punto de apresarla; pero se ha escapado otra vez.

El azul del mar se impone con su proximidad. Brilla con destellos que hieren los ojos. El niño es ajeno a todo. Está de nuevo sumergido en la búsqueda intensiva de la lagartija. La ha visto durante un segundo como un zigzag verde sobre las piedras calizas.

Este niño ignora que dentro de un ánfora, en aquel lugar, ha permanecido durante miles de años el cadáver de un hombre. Un hombre cuyo pecho se vio constreñido por el peso de su propio cuerpo hasta que le sobrevino la muerte.

El ánfora de barro estaba recubierta en su interior por una mezcla gredosa. Esta materia actuaba como impermeabilizante y había favorecido extraordinariamente la conservación del cadáver.

Este hombre, cuando fuera un niño de nueve o diez años desconocería, sin duda, el acabamiento cruel que había de tener. Puede que en alguna ocasión viera morir a un crucificado. No pensaría ni por un momento que estaba ante su propia forma de agonía.

El niño persistía en sus esfuerzos por levantar las piedras. Se arañaba las manos y el pequeño rayo verde no aparecía.

Parecía indudable que el hecho de la crucifixión debió ocurrir en aquel mismo lugar o, todo lo más, en sus alrededores. Nadie se hubiera tomado la molestia de conducir kilómetros y kilómetros el cuerpo de un muerto por la justicia para darle sepultura en un lugar distante. ¿Con qué motivo hubieran hecho esto?, y, ¿quién? Es, sin embargo, seguro que alguien debió interesarse por él hasta el punto de solicitar de la autoridad el permiso para embalsamarlo en el momento en que hubiera dejado de existir. Alguien compró el ánfora para el enterramiento. Y, ¿porqué esta forma no habitual en el siglo IV? ¿Era un extranjero venido a lo mejor del interior de la península? ¿Persistirían allí costumbres funerarias más antiguas?

Alguien entre el público, indiferente, curioso, quizá o escasamente compasivo, quiso a aquel hombre por encima de todos los temores y los respetos humanos. Ese alguien, herido como debía estar en lo más hondo de su ser ante aquella espantosa "justicia", tuvo el valor suficiente para



suplicar el cuerpo del condenado ante el mismo que había decretado su ejecución.

El niño había conseguido, por fin, atrapar la lagartija. Con una piedra había partido el cuerpo por la mitad y ambas partes se agitaban. Profesionaban secretas maldiciones, según se cree. Pero él las contemplaba indiferente, ajeno por completo a que éstas pudieran alcanzarle de algún modo.

¿Cuál habría sido el delito de aquel condenado? ¿Cuál su crimen? ¿Fue realmente culpable?... (¿Hasta qué punto se puede ser culpable metidos, como estamos, todos en esta tela de araña?). ¿Vacilaría el juez al dictar la sentencia? ¿Acaso el tiempo pudo hacerle llegar a la conclusión de lo erróneo de su dictamen? ¿Sería ya el juez un anciano cuando cualquier circunstancia vendría a descubrir el error cometido en su juventud? Ya el crucificado llevaría largo tiempo enterrado en su ánfora.

De nuevo la espalda del niño, inclinado ahora, se me ofrecía en su movimiento de sístole y diástole con el breve armazón indefenso. Unas costillas frágiles. La espina dorsal marcada bajo la piel en cada vértebra.

No podía evitar el sentir temor cada vez que miraba al niño. Era curioso que, por el contrario, él tuviese un aire tan seguro. Trataba de ignorarme. Pero la persistencia de mi mirada le molestaba hasta el punto de que se volvió de nuevo hacia mí bruscamente. El sol le deslumbraba. Yo tenía el mar a mi espalda y éste reberberaba hasta cegarle. Hizo visera con su mano derecha y me miró. Por suerte la sombra me ocultó sus ojos.

Los obreros subían de la playa. Desvié mi atención hacia ellos.

Bajé lentamente el declive hacia el camino que llevaba a la carretera. Casi al borde de ésta había una casa de campo. Una mujer joven salió de ella y fue hacia el corral. Llevaba un cántaro a la cintura. Detrás iba un niño. Algo más pequeño que aquel otro que quedó ocupado con el bicho. El cántaro de barro me hizo pensar en el ánfora del enterramiento. La mujer se acomodó el pañuelo sobre la cabeza y continuó su camino. Era un pañuelo negro, de luto.

Llegué hasta el sitio en que había detenido mi coche. En el interior hacía un calor sofocante.

¿Sería inocente aquel ajusticiado?

¿Lo sería y sin embargo no habría llegado a saberse nunca?

Acaso murió por un crimen que no cometiera; pero puede que fuese culpable de algún otro que permaneciese oculto. También pudo suceder que su falta, aquella por la que se hubiese sentido verdaderamente cul-



pable, no estuviere tipificada en el código de su tiempo y la ejecución no fuese más que el cumplimiento de una justicia secreta.

Obligado a juzgar, el juez consideró sin duda, hechos, circunstancias, atenuantes, agravantes, etc. Todo aquello que se mueve de este lado de la realidad. Pero, por mucho que se esforzase, por muy ecuaníme que intentase ser, no tenía más remedio que ignorar el otro ámbito. La justicia no puede introducirse en él porque éste discurre en todo su itinerario por un laberinto oscurísimo, en tanto que a la justicia concierne sólo discutir sentencias claras e indiscutibles.

No se puede mandar un hombre a la cruz y mantener dudas al respecto.

El juez tiene la absoluta necesidad de convencerse, si no lo está del todo, de lo acertado de su decisión.

Es en suma una cuestión de subsistencia.

El condenado va a morir al fin y al cabo; pero el juez ha de seguir viviendo. No tiene otro remedio que, comprobada la muerte del reo, marchar a casa, entrevistarse con un amigo, o sentarse a la mesa para la comida porque la agonía fue lenta y se ha enfriado la sopa.

Podrá hacer esto u otra cosa. Es igual. El caso es que no tendrá más remedio que hacer algo: continuar con cosas solemnes o triviales; pero seguir. Es, pues, impropcedente dejar lugar a la duda por pequeña que sea. Ese rumor mínimo iría carcomiendo paulatinamente toda resistencia hasta minar la misma entraña. Una agonía, mil veces más lenta que la crucifixión, se impondría en su vida. Y además se vería obligado a dictar nuevas sentencias, a emitir juicios, a hacer vida normal, a proseguir. (Obligaciones todas ellas de las que se vio libre el ajusticiado. Y puede que sólo así pudiera sobrellevar la carga del morir).

Es evidente, pues, que el juez tiene la ineludible obligación de dictar sentencia sin vacilación de ninguna clase. (¡Su propio futuro está en juego!). Deberá ignorar deliberadamente el ámbito de penumbra que subyace a la realidad por muy patente que ésta resulte.

Pero si el juez no puede olvidarse de haber percibido alguna vez; aunque haya sido por breves momentos, la presencia de ese entorno misterioso y oculto en que asienta sus raíces la realidad se verá entorpecido a cada momento en el desempeño de sus funciones e incluso puede llegar a una situación tan insostenible que deba renunciar a su cometido.

Para poder seguir "administrando justicia" le será preciso no amar tanto la justicia; sino simplemente ejecutar "justicias".



Al llegar a un tramo de carretera que cruza entre palmeras y domina desde lo alto la vista de la playa, detuve el coche. Corría un aire bastante fresco allí.

El niño bajaba hacia la casa.

La mujer estaba arrodillada junto al pozo y lavaba.

¿Qué sentimiento de compensación haría a esta mujer llevar un pañuelo de luto a la cabeza? ¿En señal de qué duelo lo llevaba? ¿Sería ese dolor por una muerte ya pasada o acaso se le avecinaba un desgarramiento aún peor, pero del que permanecía ignorante? ¿Exigiría este desgarramiento pañuelo negro a la cabeza o este tipo de pena no sería de los que la costumbre manifiesta con señales exteriores? ¿Habría llevado alguien señal de luto tras la muerte de aquel crucificado? ¿Estaría permitido el luto en tales circunstancias? Si la muerte de un crucificado es la única salvaguarda efectiva para la comunidad, debe resultar impropio permitir señales de pesar por tal muerte. Pero quizás es que haya otros medios de salvaguardar esa seguridad y la sociedad perciba confusamente lo monstruoso de añadir su propio crimen, más cobarde por anónimo y colectivo, a los posibles crímenes del reo.

La mujer tenía las mangas arremangadas y el pañuelo le ocultaba la cara del sol. Sobre unas ramas de leña amontonada, que debían servir para el gasto de la casa, había tendido una sábana blanca. Puede que los vendajes del crucificado se hicieran con largas tiras cortadas de alguna sábana. Era la costumbre de la época.

El niño se acercó a donde estaba lavando la madre. El pequeño corría hacia él. Traía en la mano algo que se movía. Yo adivinaba la cola de la lagartija aún cortorsionándose entre sus dedos diminutos. (También era ésta una lenta agonía. Todos inmersos, sin duda, en la tela de araña. Atrapados sin escapatoria posible).

El mar a mis pies, bajo el acantilado, refulgía absorbiéndolo todo.

Sin saber por qué empezaba a experimentar un sentimiento de liberación. Me sentía ligera al saber que ya desde tantos años atrás aquel hombre ajusticiado se había visto libre de su correspondiente parcela de telaraña e inmerso (ya fuese culpable o inocente) en un ámbito rescatado.

Bajo aquel brillo del mar estaba, sin duda, el brillo verdadero. En algún lugar tendrían que existir unas palmeras auténticas y una playa sin engaño. Y, en definitiva, una realidad por debajo de toda realidad posible de percibir por los humanos en su actual condición.



Pero, ¿y el juez?

Había dicho: “¡Muere porque mataste!”.

¿Quién tendrá que escuchar estas palabras: el condenado o su sentenciador?

Si es tan horrible privar de la vida a un ser humano, ¿cómo intentar hacer justicia cometiendo contra el reo (ser humano también) la misma monstruosidad, y desde luego, con mucha más premeditación y frialdad?

Existe, además, el horror de que se trata de un camino irreversible. Cumplida la sentencia, toda rectificación es imposible.

Hace unos mil quinientos años, durante la dominación romana, en esta zona costera del Levante español hubo un juez que decretó el día y la hora en que otro hombre, cuyo cadáver en cuclillas ha permanecido siglos en el interior de un ánfora de barro, dejaría de ver este mar, este grupo de rocas, la playa que se extiende hasta acabar en un cabo... Y el reo liberado al fin dio el gran salto hacia el envés de las cosas.

Me temo que la agonía más lenta y dolorosa, más absolutamente insostenible no fuese la del crucificado, sino la de aquel otro hombre, apresado también en la tela de araña y cuya mano firmó esa sentencia de muerte.

